

CAPÍTULO II

I

Entraba entonces Graziella en casa para ayudar a su abuela, ó preparar la cena. El viejo pescador y Beppo pasaban días enteros á orillas del mar, estibando la barca nueva, haciendo en ella los perfeccionamientos que su pasión á su nueva profesión les inspiraba, y en probar las redes al abrigo de los escollos. Para la comida del mediodía nos traían siempre algunas langostas ó anguilas de escamas más relucientes que el plomo recién fundido. La vieja las hacía freir en el aceite de los olivos, y, según el uso del país, conservaba la familia en el fondo de un pozo abierto en la roca muy cerca de la casa y cerrado con una gran piedra en la que se enganchada una argolla de hierro. Algunos los fritos del mismo modo y cortados en tiras en la sartén; y mariscos frescos como almejas, llamados *frutti di mare* (fruta del mar), componían para nosotros aquella frugal comida, la principal y más lenta que hacíamos al día. Uvas moscateles de los racimos amarillos, cogidas aquella mañana por Graziella, conservadas con sus propias hojas, y secadas en canastillos de mimbres, formaban los platos. Una ramita ó dos de hinojo verde, mojada con pimienta, cuyo olor de anís perfuma los platos, tortifica el estómago, hacía las veces de licor de café, según el uso de los marineros y campesinos de Nápoles. Después de la comida íbamos mi abuelo á buscar algún paraje sombrío y fresco en las montañas á la vista del mar y de la costa de Capri y pasábamos allí las horas calurosas del día leyendo y meditando.

II

habíamos salvado de las olas tres libros, gracias á los que no estaban en nuestra maleta de marinos cuando los arrojamos al mar: era un tomito italiano de *Foscolo*, intitulado *Cartas de Jacobo Ortiz*, espejo de Werther, semipolítico y seminovelesco, en el que la pasión de la libertad de su país se mezcla en la narración de un joven italiano á su pasión por una mujer veneciana. El doble entusiasmo, nutrido por el fuego del amante y del ciudadano, enciende en el alma de Ortiz una fiebre cuyo acceso, demasiado fuerte para un hombre sensible y enfermizo, produce al fin el suicidio. Este libro, copia literal, pero hermosa y llena de colorido del Werther de Goëthe, estaba entonces en las manos de todos los jóvenes que se alimentaban en su alma, como nosotros ese pensamiento de los que son dignos de pensar en grande: el amor y la libertad.

III

La policía de Bonaparte y de Murat proscribía al autor y al libro. El autor tenía por asilo el corazón de todos los italianos y de todos los liberales de Europa. El libro tenía por santuario el pecho de los jóvenes como nosotros, y allí le ocultábamos para que no llegaran sus máximas. De los otros dos volúmenes que habíamos salvado, el uno era *Pablo y Virginia* (1) de Bernardino de Saint-Pierre, ese manual del natural é ingenuo, libro que parece una página de la infancia del mundo arrancada de la historia del corazón humano y conservada pura y empapada de lágrimas contagiosas para los ojos de diez y seis

(1) Esta obra se halla de venta en la librería de Maucci, al precio de 100 rs. — (N. del E.)

El otro era un volumen de Tácito, páginas manchadas de liviandad, de vergüenza y de sangre; pero donde la verdad estoica toma el buril y la apariencia de la impasibilidad de la historia para inspirar á los que la comprenden el odio á la tiranía, la fuerza de las grandes abnegaciones, y la sed de las muertes gloriosas.

Esos tres libros por una casualidad correspondían á los tres sentimientos que hacían desde entonces vibrar como por vaticinio nuestras almas juveniles: el amor, el entusiasmo por la emancipación de Italia y de Francia, y en fin, la pasión por la acción política y por el movimiento de las grandes cosas, cuya imagen nos presentaba Tácito, y por las cuales se había nuestras almas desde muy temprano en el sangre de su pincel y en el fuego de la virtud antigua. Leíamos en voz alta y alternativamente, unas veces admirando, otras llorando y otras meditando. Interrumpíamos esas lecturas con largos intervalos de silencio y con algunas aclamaciones que servían para nosotros el comentario irreflexivo de nuestras impresiones, y que el viento se llevaba entre nuestros pensamientos.

IV

Nosotros mismos nos colocábamos con el pensamiento en algunas de estas situaciones ficticias reales que el poeta ó el historiador refería. Nos buscábamos un ideal de amante ó de ciudadano, de vida privada ó de vida pública, de felicidad ó de virtud, y nos complacíamos en combinar esas grandes circunstancias, esas maravillosas eventualidades y esas épocas de revolución, en que los héroes más oscuros son dados á conocer á la multitud por su genio, y llamados como por sus nombres á combatir la tiranía y á salvar las naciones, y víctimas luego de la inestabilidad y de la ingratitude de los pueblos, acaban por ser condenados á morir

no, á la faz de la época que los desconoce y de la crueldad que los venga.

El papel heroico, cualquiera que fuese, no encontraba en nosotros al nivel de las grandes acciones. Nos preparábamos á todo, y por si la vida no realizaba un día esas grandes pruebas en las que nos precipitábamos con el pensamiento, nos buscábamos de antemano despreciándola. Sentíamos dentro de nosotros mismos ese consuelo de las almas fuertes, reflexionando que si nuestra vida se redujera á ser inútil, vulgar y obscura, sería la fortuna que nos faltase, y no nosotros los que faltáramos á la fortuna.

V

Después de la caída de la tarde hacíamos largas excursiones por la isla, que atravesábamos en todas direcciones; nos dirigíamos á la ciudad á comprar pan ó legumbres que nos servían en el jardín de Andrés, y algunas veces comprábamos un poco de tabaco, ese *ópium* del marinero, que se anima en el mar y le consuela en la tierra. Después de hacer volvíamos con los bolsillos y las manos llenas de nuestras modestas provisiones. Por las tardes se reunía la familia sobre el terrado que en el fondo se llama el *astrico*, esperando las horas del crepúsculo. Nada más pintoresco en las hermosas noches de verano que el clima que la escena del *astrico* al resplandor de la luna.

El campo la casa baja y cuadrada se asemeja á un pedestal antiguo que sostiene grupos vivos y animadas. Todos los habitantes de la casa se reúnen al *astrico*, se mueven ó se sientan en actitudes diversas; la claridad de la luna ó los resplandores de las estrellas para proyectan y dibujan aquellos perfiles sobre el fondo azul del firmamento. Vese allí á la anciana hilar, al padre fumar con pipa de caña, á los jóvenes reclinarsse sobre el pretil y cantar, y en las notas prolongadas esos aires marinos ó campestres, cuyo acento vibrante tiene algo del plañido

de la madera atormentada por las olas ó de la vibración estridente de la cigarra al sol; las muchachas suspiros, todas sus notas brotan lágrimas con en fin, con sus zagalejos cortados, sus pies descalzados del hombre sin que salgan de él lágrimas; hasta y sus largos cabellos negros flotando sobre las montañas, envueltos en un pañuelo atado al cuello; y hasta tal grado cuanto la remueve hace grandes nudos para preservar la cabellera del pelo.

Frecuentemente bailan solas ó con sus hermanas, la una tiene una guitarra, la otra levanta sobre su cabeza una pandereta rodeada de dorados cascabeles. Esos dos instrumentos, el uno lastimero y melancólico, el otro monótono y sordo, son muy á propósito para reproducir casi sin arte las dos notas alternativas del corazón del hombre: la tristeza y la alegría. Se les oye durante las noches de estío sobre las azoteas de las islas ó de la campiña de Sicilia, y aun en las embarcaciones. Ese concierto que persigue al oído de sitio en sitio, desde el mar hasta las montañas, se asemeja á los zumbidos de un insecto, que el calor hace nacer y zumbar debajo de aquel hermoso cielo. Este pobre insecto es el hombre, que canta algunos días su juventud y sus esperanzas, y después calla por toda una eternidad. He podido oír esas notas esparcidas al aire desde el alto de los *astricos* sin pararme y sentir oprimido el corazón, como si quisiera estallar de alegría ó de melancolía más fuerte que yo.

VI

En el terrado de la casa de Andrés, Graziella y yo, caba la guitarra y Beppino, haciendo resonar los dedos infantiles sobre la pandereta que había comprado en otro tiempo para dormirlo en su cuna, me enseñaba á su hermana. Aunque los instrumentos que las actitudes fueran alegres, los aires eran tristes, y las notas lentas y raras iban á herir profundamente las fibras adormecidas del corazón. Esto sucedía en todas partes, donde no es un vano ruido del oído sino un gemido armonioso de la naturaleza que sale del alma por la voz. Todos sus acen-

VII

Cuando Graziella, instada por nosotros, se levantaba modestamente para bailar la tarantela al sonido de la pandereta tocada por su hermano, y arrebatada por el movimiento rápido de aquella danza giraba sobre sí misma, con los brazos grandemente levantados, imitando con los dedos el movimiento de las castañuelas y precipitando los pasos de los pies desnudos como gotas de lluvia sobre el pavimento, había en el aire, en las actitudes y en el frenesí mismo de aquel delirio en acción, algo de serio y triste, como si toda alegría no hubiese sido más que una demencia pasajera, ó como si para coger el rayo de felicidad, la juventud y la hermosura necesitaban la necesidad de aturdirse hasta el vértigo y caer en locos movimientos.

VIII

Con mucha frecuencia nos entreteníamos con los huéspedes, haciéndoles contar sus vidas, sus aventuras ó sus recuerdos de familia. Cada familia tenía una historia, y hasta un poema para quien quisiera leerla. Aquella tenía también su nobleza, su prestigio y su prestigio en lontananza. El abuelo de Andrés era un negociante griego de Atenas, que perseguido á causa de su religión por el bajá de Atenas, embarcó una noche á su patria con sus hijas, á sus hijos y toda su fortuna en

uno de los barcos que poseía para el comercio, y refugió en Prócida, donde tenía corresponsales. La población era griega como él. Allí compró muchos muebles, de los que no quedaban ya más vestigios que la pequeña alquería donde estábamos, y el nombre de los antepasados grabado sobre algunos sepulcros en el cementerio de la ciudad. Sus hijas habían muerto en el monasterio de la Isla, donde se encontraban como religiosas. Los hijos habían perdido toda su fortuna en las borrascas que habían sepultado sus barcos. La familia, en fin, había caído en completa desgracia y en la miseria, y hasta había cambiado su hermoso nombre griego por otro nombre obscuro de pescador de Prócida. «Cuando me casa de desploma, acaba la suerte por barrer las piedras de la última piedra,» nos decía Andrés. «De todo lo que mi abuelo poseía debajo del cielo, sólo quedaban mis dos remos, la barca que me habéis devuelto, y esta cabaña, que no puede ya cobijar á sus dueños y la gracia de Dios.»

IX

Graziella y la vieja nos rogaban á su vez que dijéramos quiénes éramos nosotros, dónde estábamos nuestro país, y qué hacían nuestros padres; si teníamos padre, madre, hermanos, hermanas, casa, huertas y viñas; por qué habíamos dejado todo atrás tan jóvenes para venir á remar, leer, escribir, mirar al sol y acostarnos sobre la tierra en el golfo de Nápoles. Jamás pudimos hacerles comprender que no nos llevaba otro objeto que mirar el cielo y el mar, evaporar nuestra alma al sol, sentir en el viento otros nuestra juventud y recoger las impresiones de los sentimientos y las ideas que tal vez escribíamos después en verso, como los que venían escritos en nuestros libros, ó como los que los improvisaban de Nápoles recitaban los domingos por la tarde los marineros en el muelle ó en la Margellina.

«Os queréis burlar de mí, nos decía Graziella

una carcajada. ¡Sois poetas, y no tenéis los ojos enrojecidos al igual que los que dicen versos en los muelles de la marinal! ¡Sois poetas y no sabéis tocar la guitarra! ¿Queréis que yo quiera puntear una nota en la guitarra! ¿Contra qué acompañan las canciones que hacéis?»

«Cuando me seguía movía la cabeza haciendo un gesto de impaciencia, como si me estuviera impacientando porque no queríamos que me burlara de mí.»

X

Algunas veces se apoderaba de su alma una sombra melancólica, y aparecía en su mirada cierta sombra melancólica; pero esto no duraba, y la oíamos decir en voz baja á su abuela: «No, no es posible, no son reveses de su país por una mala acción. Son demasiado jóvenes y buenos para conocer el mundo. Entonces nos divertíamos en contarla algunas cosas de las lechorías de que nos declarábamos autores; pero el contraste de nuestras frentes tranquilas y serenas, de nuestros ojos serenos, de nuestros labios sencillos y de nuestros corazones abiertos, con los cuentos fantásticos que suponíamos haber conocido, nos hacían reír á carcajadas así como á su hermanita, y pronto disipábase en ella toda duda ó desconfianza.»

XI

Algunas veces nos preguntaba Graziella qué era lo que leíamos todos los días en nuestros libros; pero nos respondían que eran oraciones, porque jamás había visto ninguno en la iglesia en manos de los fieles que leer y seguían las palabras santas del sacerdote. Nos suponía muy devotos, puesto que pasábamos los días enteros balbuceando palabras misteriosas que extrañaba que no nos hiciéramos curas de almas en un seminario de Nápoles ó en cualquier monasterio de las islas. Para desengañarla

quisimos leer dos ó tres veces, traduciendo en lengua vulgar del país pasajes de Fóscolo y algunos bellos fragmentos de Tácito.

Creíamos nosotros que aquellos suspiros patéticos del desterrado italiano y aquellas grandes palabras de los días de la Roma imperial harían fuerte impresión sobre nuestro sencillo auditorio, porque el pueblo tiene patria en los instintos, heroísmo en el sentimiento, y drama en el golpe de vista. Lo que el pueblo todo retiene en su memoria son las grandes cosas y muertes heroicas: pero no tardamos en comprender que estas reclamaciones y escenas tan poderosas para nosotros no producirían efecto alguno en aquellas almas sencillas. El sentimiento de la libertad pública, esa aspiración de los hombres desocupados que descienden tan bajo en el pueblo,

Aquellos pobres pescadores no comprendían que Ortiz se desesperaba y se mataba, puesto que podía gozar de todos los verdaderos placeres de la vida; pasearse sin hacer nada, ver el sol, amar la vida querida, y rogar á Dios en las verdes márgenes de la Brenta. «¿Por qué atormentarse así, decían, por ideas que no penetran en el corazón? ¿Qué le importa que sean los austriacos ó los franceses los que gobiernen en Milán? Es una locura molestarse y sufrir por semejantes cosas.»

XII

Aun menos atención prestaban á Tácito. El pueblo no se acordaba de la república, esos hombres que se disputaban el imperio, unos por reinar, otros por no vivir á la servidumbre, aquellos crímenes por los que se castigaban, aquellas virtudes por la gloria, y aquellas palabras por la posteridad, los dejaban fríos. Aquellos que se rascaban de la historia rugían á demasiada altura sobre las cabezas para que los afectasen, y eran para el pueblo como truenos que suenan á lo lejos sobre la montaña, que oímos sin inquietarnos, porque no nos

alcanza las cumbres, y no conmueven la vela de la nave ni la choza del labrador.

El arte es sólo popular para los políticos ó para los poetas: es el Platón de la historia. Su sensibilidad es demasiado refinada para el vulgo. Se necesita mucho para comprenderlo haber vivido en los tumultos de la vida pública ó en las misteriosas intrigas de los palacios. Quitad la libertad, la ambición ó la gloria de las grandes escenas; los tres grandes actores de sus dramas ¿qué queda? Pero esas tres pasiones son desconocidas para el pueblo, porque son pasiones del espíritu, y él sólo comprende las pasiones del corazón. Nosotros nos convencimos de esta verdad al ver la fuerza y la extrañeza que estos fragmentos causaban en nuestros sencillos compañeros.

Un día esto nos pusimos una noche á leer *Pablo y Virginia*; yo fui quien traduje este libro leyéndolo, porque me era tan familiar que lo sabía, por decirlo así, de memoria. Familiarizado con la lengua por mi larga resistencia en Italia, no me costaba trabajo comprender las expresiones, y fluían de mis labios como agua materna. Apenas comencé esa lectura que cambiaron las fisonomías de nuestro auditorio, tomaron el aire de atención y recogimiento, y me dio indicio seguro de la emoción del corazón. Nosotros hallamos la nota que vibra unísona en el alma de todos los hombres, de todas las edades y de todas las condiciones, la nota sensible, la nota universal que encierra en un solo sonido la eterna armonía del arte; la naturaleza, el amor y Dios.

XIII

Después de haber leído solamente algunas páginas, y ya todos los espectadores habían cambiado de actitud. El pescador apoyando el codo en su rodilla y aplicando el dedo á mi lado, se olvidaba de aspirar el humo de su pipa. La vieja, sentada enfrente de mí, tenía las manos juntas debajo de la barba, en la actitud de las pobres mujeres que escuchan la palabra

de Dios acurrucadas sobre el pavimento de los pios. Beppo se había sentado, y colocando silenciosamente su guitarra en el suelo, puso la mano en el mástil como si temiera que el viento hiciera sonar sus cuerdas; Graziella, que se mantenía curiosamente algo lejos, se aproximó insensiblemente a mí, como si la hubiera fascinado un poder de acción oculto en el libro.

Recostada contra la pared del terrado, á cuya estaba yo tendido; se aproximaba cada vez más a mi lado, apoyada sobre su mano izquierda, aplicaba en el suelo en actitud de un gladiador rido. Abriendo cuanto podía los ojos, miraba a veces el libro y otras mis labios, de donde fluía la relación, y otras, en fin, el vacío entre mis labios y el libro, como si hubiera buscado con la mirada un invisible espíritu que me lo interpretaba. O su ritmo desigual interrumpirse ó precipitarse según las palpitaciones del drama, como la respiración agitada del que sube una montaña y se para á descansar en tiempo. Antes de llegar á la mitad de la historia, la pobre niña había olvidado su rostro algo salvaje conmigo. Sentía el calor de su respiración sobre mis manos. Sus cabellos rozaban mis mejillas. Dos ó tres lágrimas caídas de sus mejillas manchaban las páginas del libro.

XIV

A excepción de mi voz lenta y monótona, que conducía literalmente á aquella familia de pescadores ese poema del corazón, no se oía más ruido que los golpes sordos y lejanos del mar que batía la playa. Este mismo ruido estaba en armonía con la historia. Era como el desenlace previsto de la historia que rugía de antemano en el aire al principio y durante el curso de la relación. Cuanto más se desarrollaba el drama, más parecía interesar á nuestros oyentes. Cuando yo vacilaba por casualidad en encontrar la expresión exacta para verter la palabra

Graziella, que hacía ya un rato tenía la lámpara reservada del viento con su delantal, la acercaba á las páginas, y casi quemaba el libro en su intención, como si hubiera creído que la luz del fuego iba á hacer brotar el sentido intelectual á mis palabras. Yo agolpar más pronto las palabras á mis labios, lo rechazaba sonriendo con la mano la lámpara para apartar los ojos de la lectura.

XV

Cuando llegué al pasaje en que Virginia, llamada así por su tía, siente, por decirlo así, dividirse en dos y se esfuerza por consolar á Pablo de la pérdida de los plátanos, hablándole de su vuelta y mostrando el mar que va á llevarla, cerré el libro y suspendí mi lectura para el día siguiente.

Fué un golpe fatal para aquellas pobres gentes. Graziella se puso de rodillas delante de mí y me suplicó delante de mi amigo para suplicarnos que acabáramos la historia. Pero fué en vano. Queríamos quitar el interés para ella y el encanto de la historia para nosotros. Entonces arrancó el libro de mis manos, y lo abrió como si hubiera podido á fuerza de voluntad comprender sus caracteres. Le habló, me habló y le puso respetuosamente sobre sus rodillas, mirando las manos y mirándome en actitud triste.

En su economía, tan serena y risueña en la calma, algo austera, había tomado repentinamente la pasión y del enternecimiento simpático de la relación, algo de la animación, del desorden patético del drama. Hubiérase dicho que una transformación repentina había cambiado aquel hermoso rostro en carne y lágrimas. La joven sentía su cabeza hasta allí dormida, despertarse en ella en el momento de Virginia. Parecía haber adquirido seis años de madurez y experiencia en aquella media hora. Las borrascosas de la pasión obscurecían su rostro blanco azulado de sus ojos y sus mejillas.

Era como un agua tranquila y abrigada donde el sol, el viento y la sombra habían venido á lucir por primera vez; nosotros no nos cansamos de mirarla en aquella actitud. Hasta entonces no nos había inspirado sino jovialidad, ahora inspiraba casi respeto; pero en vano nos suplicamos continuáramos, no queríamos gastar nuestro tiempo en una sola vez; nos agradaban demasiado sus lágrimas para que tratáramos de secar la fuente un día. Retiróse enfadada, y encolerizada apesadumbrada para.

XVI

Al día siguiente, cuando la ví por la mañana bajo de los emparrados y quise hablarla, se me vino como quien trata de ocultar sus lágrimas y no me respondió. Veíase en sus ojos bordados de un ligero círculo negro, en la palidez más mate de mejillas, y en una ligera y graciosa depresión de ángulos de su boca, que no había dormido; su corazón estaba todavía lleno de los pesares de la víspera. ¡Maravilloso poder del libro que lo ejerce sobre el corazón de una mujer rústica y de una familia ignorante con toda la fuerza de una realidad, y para quienes la lectura del libro es un acontecimiento en la vida del corazón.

Es que yo traduciendo el poema, había traído a la naturaleza, y que aquellos acontecimientos sencillos, la cuna de aquellos dos niños á los que las dos madres, sus amores inocentes, su separación cruel, aquel regreso defraudado por la muerte, el naufragio, y aquellos dos sepulcros que no eran más que un solo corazón debajo de los pesados son cosas que todo el mundo siente y comprende desde el palacio hasta la cabafia del pescador. Los poetas buscan el genio muy lejos, cuando está en el corazón, y bastan unas cuantas notas sencillas dadas piadosamente y por casualidad en este momento formado por el mismo Dios, para hacer

en un siglo, y adquirir tanta popularidad como el sentimiento. La suavidad, lo bello engaña. Sólo lo patético es fuerte en el arte. El que sabe enternecer, lo sabe hacer más genio en una lágrima que en todos los siglos y en todas las bibliotecas del universo. El hombre es como el árbol que se sacude para caer sus frutos; jamás se mueve al hombre sin que caigan de él lágrimas.

XVII

Desde aquel día reinaba en la casa tal tristeza que no hubiese ocurrido algún acontecimiento dentro de la familia. Nos reunimos todos para comer y hablar una palabra, nos separamos así, y nos fuimos á vernos sin que asomara á los labios la alegría. Se veía que Graziella no ponía cuidado en nada, hacía, mirando sin cesar si el sol bajaba, como quien no esperaba de aquel día otro momento de la noche.

Al día siguiente llego y todos volvimos á ocupar nuestros lugares acostumbrados sobre el *astrico*, abrí el libro y comencé la lectura en medio de los sollozos. Viejos, jóvenes, mi amigo, yo mismo, todos participábamos de la emoción general. El sonido triste y grave de las páginas se plegaba, sin que me apercibiera de ello, á las aventuras y á la gravedad de las situaciones. Al fin de la relación parecían venir de lejos caer desde lo alto en el alma con el acento de un pecho vacío donde el corazón no late ya, participando de las cosas terrestres sino por medio de la tristeza, y de la memoria.

XVIII

Al concluir la lectura, nos fué imposible pronunciar una palabra. Graziella permaneció inmóvil en la posición en que se hallaba escuchando, como si toda

vía siguiera y leyendo. El silencio, ese aplacado de las impresiones ciertas y duraderas, no fué rumpido por nadie. Cada uno respetaba en sí mismo los pensamientos que sentía dentro de sí mismo. La lámpara, casi consumida, se apagó insensiblemente, sin que ninguno de nosotros llevara ella la mano para reanimarla. La familia se levantó y se retiró furtivamente. Mi amigo y yo nos quedamos solos confundidos al ver cuán grande es la fuerza que tiene la verdad, la sencillez y el silencio sobre todos los hombres, sobre todas las edades y sobre todos los países.

Acaso otra emoción agitaba también el fondo de nuestras almas. La seductora imagen de Graziella transformada por sus lágrimas, iniciada en el mundo por el amor, flotaba en nuestros sueños con la idea de la creación de Virginia. Estos dos nombres y esas dos criaturas, confundidos en errantes apariciones, encantaron y entristecieron nuestro sueño hasta la mañana. En la noche de aquel día en las de los siguientes fué preciso volver a leer los ramos leído cien veces, no se habría cansado de oírla, porque es propio de las imaginaciones impresionables, pensativas y profundas, no buscar la novedad en la poesía ó en la música, pues estas se ajustan por decirlo así, más que los temas á que cada uno se nutre con ellos sin saciarse, como el pez se nutre con la misma relación y el mismo ritmo de música durante siglos enteros. La misma naturaleza esa música y esa poesía suprema, ¿tiene otra sino dos ó tres palabras y dos ó tres notas, sino las mismas, con las cuales entristece ó encanta a los hombres?

XIX

El noveno día y á la caída del sol, cayó sobre el viento del equinoccio y en pocas horas se formó el mar en un mar de invierno. Las montañas

de la costa de Nápoles, así como las aguas y las montañas, parecían nadar en un fluido más limpio y más tranquilo que durante los meses de los grandes calores, cuando el mar, el firmamento y las montañas humanas sentido ya ese primer escalofrío del invierno, se cristaliza el aire y le hace brillar como la nieve de los ventisqueros. Las hojas amarillas de la vid y las agujas de las higueras comenzaban á caer y cubrir el patio. Ya estaban cogidas las uvas. Los secados al sol sobre el *astrico* estaban ya empaquetados en cestos groseros de yerbas marinas tejidos por las mujeres. La barca se hallaba dispuesta y preparada para trasladar la familia del pescador á la playa de Graziella. Se limpió la casa y el terrado. Se cubrió el patio con una gran piedra para que las hojas y las aguas del invierno no la corrompieran. Se abrió todo el aceite del pozo abierto en la roca, y se cerró en vasijas de barro, que los niños llevaron á la barca, metiendo unos palos por las asas. De los techos y de los cobertores se hizo un lío atado con cuerdas. Encendiése por última vez la lámpara abandonada del hogar. Se rezó la última oración, pidiéndola que protegiese la casa, la higuera y la viña, que se iban á dejar por muchos meses. Después se cerró la puerta y se guardó la llave en el hueco de una grieta en la roca, la que fué tapada con una piedra, para que si el pescador volvía durante el invierno, pudiera hallarla fácilmente y visitar su familia. En seguida bajamos á la playa ayudando á la familia á llevar el aceite, las frutas y los panes.

CAPITULO III

I

Después de nuestro regreso á Nápoles costeano el golfo de Nápoles y las pendientes sinuosas del Pausilippo, fué una verdadera fiesta para Graziella, para los niños, para nosotros, y un triunfo para Andrés. Entramos

en la Margellina ya de noche y cantando. Los apoyos ni la ayuda de nadie á trescientos legos y vecinos del pescador no se cansaban de ar de mi país, y la afición que había cobrado á las rar su nueva barca. Ayudáronle á descargarla rra y lo desconocido, esa perspectiva aérea de las carla a tierra, y como le habíamos prohibido maciones jóvenes.

quién se la había dado, no pusieron atención en os separamos, pues, con sentimiento. El me pro- otros. to venir á reunirse conmigo tan pronto como Después de haber sacado la embarcación sobre e satisfecho sus deberes de hijo y de hermano. playa y llevado las cestas de higos y uvas á la c restó cincuenta luíses para llenar el vacío que de Andrés, cerca del umbral de tres habitaciones los seis meses habían hecho en mi bolsillo, y bajas habitadas por la vieja, los niños y Grand, nos retiramos sin decir nada y sin que reparase nosotros. Atravesamos no sin tristeza el tumulto las calles populosas de Nápoles, y nos encerramos nuestros alojamientos.

II

Pensábamos descansar algunos días y en seg volver al mismo género de vida con el pescador siempre que el mar lo permitiera. Nos habíamos acostumbrado tanto á la sencillez de nuestros rnos comunicandome con él, quedaban en el alma y dos y á la desnudez de la barca hacía tres meses, se corrompían, se entristecían, y volvían á caer la cama, los muebles de nuestras habitaciones el corazón como un peso que no podía ya le- nuestro traje de ciudad nos parecían un lujo r. Aquel ruido en que nada me interesaba, modo y fastidioso. Así es que esperábamos u una multitud en que nadie sabía mi nombre, muy pocos días; pero á la mañana siguiente, u una habitación donde ninguna mirada me res- buscar el correo nuestras cartas atrasadas, mi u; aquella vida de posada donde me encontra- cesar con desconocidos, donde me sentaba á halló una de su madre que le llamaba inme esa muda al lado de hombres siempre nuevos mente á Francia para que asistiera al casamie pre indifentes; aquellos libros que habían leí- su hermana. Su cuñado debía venir á buscarle u veces y cuyos caracteres inmóviles me repe- ta Roma, y según las fechas debía haber llega siempre las mismas palabras, en la misma frase aquella ciudad. No había, pues, que perder un el mismo sitio: todo eso que me había parecido mento, y era necesario partir. delicioso en Roma y en Nápoles antes de nues-

Yo hubiera debido marchar con él; pero n excursiones y nuestra vida vagabunda y errante qué atractivo de aislamiento y de ventura me uito, se me figuraba ahora una muerte lenta. nía. Algo contribuían, aunque confusamente, la raron se ahogaba de melancolía. de marineró, la cabaña del pescador, y la imape rante algunos días arrastré aquella tristeza de Graziella; pero el principal motivo eran indud en calle, de teatro en teatro, de lectura en lec- mente el amor y la libertad, el orgullo de no n poder sacudirla. Caí enfermo de lo que

III

quella inesperada marcha, la ausencia de aquel que era para mí lo que un hermano mayor era un hermano casi niño, me dejaron en un sentimiento terrible, en que me sentía hundir como en un abismo. Todos mis pensamientos, todos mis sentimientos y mis palabras, que antes se evaporaban comunicandome con él, quedaban en el alma y se corrompían, se entristecían, y volvían á caer el corazón como un peso que no podía ya llevar. Aquel ruido en que nada me interesaba, aquella multitud en que nadie sabía mi nombre, aquella habitación donde ninguna mirada me resumbía; aquella vida de posada donde me encontraba con desconocidos, donde me sentaba á mi mesa muda al lado de hombres siempre nuevos y cuyos caracteres inmóviles me repetían siempre las mismas palabras, en la misma frase y en el mismo sitio: todo eso que me había parecido delicioso en Roma y en Nápoles antes de nuestras excursiones y nuestra vida vagabunda y errante, se me figuraba ahora una muerte lenta. Durante algunos días arrastré aquella tristeza de calle, de teatro en teatro, de lectura en lectura sin poder sacudirla. Caí enfermo de lo que

vulgarmente se llama mal del país (1). Mi cabeza me pesaba pesada. Mis piernas no podían sostenerme. Estaba pálido. No comía. El silencio me entristecía. El ruido me hacía daño; pasaba las noches sin dormir, mir y los días acostado sobre mi lecho, sin tener ganas ni aún fuerzas para levantarme. El anciano pariente de mi madre, el único que pudiera haberme servido de apoyo, había ido a pasar muchos meses en la treinta leguas de Nápoles, en los Abruzzos, donde quería establecer unas fábricas. Mandé llamar al médico; vino; me miró, me tomó el pulso y me dijo que no tenía nada. La verdad es que yo tenía un mal de alma y de imaginación. Se marchó, y yo volví á ver más.

IV

Al día siguiente me sentí tan malo, que en mi memoria de quien pudiera esperar algo de levántame. La imagen de la pobre familia de Margellina, en cuyo seno vivía todavía en recuerdo me asaltó naturalmente á la imaginación. Era un muchacho que me servía á casa de Andrés que le dijese que el más joven de los dos extraños estaba enfermo y deseaba verle.

Quando el muchacho llevó el recado, Andrés estaba en el mar con Beppino; la anciana estaba ocupada en vender el pescado en el muelle y Chio. Sólo Graziella se hallaba en la casa con sus hijos. Sin tomarse más tiempo que el necesario para confiarlos al cuidado de una vecina y ponerse los vestidos más nuevos de procitana, siguió al muchacho que le enseñó la casa.

Oí llamar suavemente á la puerta de mi cuarto se abrió como empujada por una mano invisible.

(1) *Anyoransa*: palabra usada en el idioma catalán y que significa presa perfectamente y más que ninguna otra conocida en el momento del autor. (N. del T.)

Graziella que lanzó un grito de compasión al ver algunos pasos hacia mi cama, pero en seguida quedó parada, cruzadas las manos y caídas las manos delante, y la cabeza inclinada sobre el pecho izquierdo en la actitud de la compasión: «¿Cómo se ha marchado? exclamó. ¿Se ha marchado solo y enfermo? ¡No os amaba! ¡Ay! si yo hubiera hallado en su lugar no me hubiera marchado, y sin embargo, yo no soy vuestro hermano, pero conozco más que desde el día de la tempestad.»

V

«Pero ¿cómo, replicó ella viva-mente en tono de reconvención tierno y tranquilo? ¿habéis pensado que teníais otros amigos en Margellina? ¡Ah! ya lo veo, añadió tristemente sus mangas y la falda de su vestido; es que somos pobres y os habríamos avergonzado en esta hermosa casa. Es igual, prosiguió cerrándose los ojos que no había cesado de tenerlos abiertos en mi frente y en mis brazos enflaquecidos; aun cuando nos hubieran despreciado habríamos venido a vender el pescado en el muelle y Chio.»

«Graziella, respondí yo sonriendo, Dios me perdone el día en que me avergüence de los que me desprecian.»

VI

Graziella se sentó en una silla al pie de mi cama y me miró un poco.

«Con el sonido de su voz, la serenidad de sus ojos, el

abandono confiado y tranquilo de su actitud, el candor de su fisonomía, el acento dulce y lastimero de esas mujeres de las islas, que recuerda, como el oriente, el tono sumiso de la esclava aún en las palpitaciones mismas del amor, la memoria, en los hermosos días de la cabaña pasados al sol; ella; esos soles de Prócida que me parecían todavía radiar de su frente, de su cuerpo y de sus pies en el aposento solitario; todo esto, mientras yo la miraba y la escuchaba, me arrancaba de tal modo de la languidez y de mis padecimientos, que me creí completamente curado. Parecíame que en cuanto se me chace iba á levantarme y á andar. Sin embargo, me sentíame tan bien con su presencia, que prolongaba la conversación cuanto podía y la retenía bajo pretextos, temiendo que se fuera demasiado pronto llevándose el bienestar que sentía.

Sirvióme una parte del día sin temor, sin resaca afectada, sin falso pudor, como una hermana que sirve á su hermano, sin pensar que es un hombre. Salió á comprarme naranjas, volvió con ellas mordida la cáscara con sus hermosos dientes para primir el jugo en mi vaso oprimiéndola con los dedos. Se quitó de su cuello una medallita de plata que pendía de un cordón negro y se ocultaba en el pecho, y la sujetó con un alfiler en la cortina de mi cama, asegurándome que pronto me curaría por la virtud de la imagen. En seguida, comenzando á declinar el día, me dejó, no sin volverme tres veces desde la puerta á mi cama, para informarme de lo que aun podía desear, y encargarme muy cariñosamente que antes de dormirme rezara con mucha devoción á la *Madona*.

VII

Fuese debido á la influencia tranquila de la aparición de ternura y de interés que se me presentó bajo las facciones de Graziella, ó efecto de la distracción encantadora que su

su conversación me habían proporcionado; cuando la agitación enfermiza de todo mi sér, el cansado fué que apenas se marchó me quedé dormido en un sueño tranquilo y profundo.

Al despertarme al día siguiente y al ver sobre el borde de mi habitación las cáscaras de naranja, volví á hubiese dejado para volver á sentarse en ella, la medallita de la Virgen colgada de mi cortina con un pedazo de seda negra, y todas aquellas huellas de presencia, y de aquellos cuidados de mujer que tanto tiempo me faltaban; me pareció, mal como al principio, que mi madre ó una de mis hermanas había entrado aquella noche en mi cuartito solo cuando abrí enteramente los ojos y pude examinar mis ideas una á una, se me presentó la imagen de Graziella tal como la había visto la vez

que estaba tan puro el sol, el reposo había fortificado mis miembros, la soledad de mi estancia pesaba tanto sobre el corazón, y de tal modo me agitaron que deseé de oír otra vez el sonido de una voz que me levanté al punto á pesar de mi debilidad; comí el resto de las naranjas, entré en un callejón de plaza, é hice que me condujeran instintivamente hacia el lado de la Margellina.

VIII

Después de haberme llegado á la casita baja de Andrés, descendí por la escalera que conducía á la plataforma encima de la bodega y sobre la cual daban las habitaciones de la familia. En el *atrio* hallé á Graziella, á su hermano pescador, á Beppino y á los niños. Todos ellos estaban á salir en aquel momento para ir á vender sus pescados y compuestos con la mejor ropa que tenían. Cada uno de ellos llevaba en un cesto, ó en un bulto, ó en la mano, un regalo de lo que los pobres gentes habían imaginado ser más útil y más saludable á un enfermo; quien una bo-

tella de vino blanco de Ischia, cerrada con tornos y no tenía manos bastantes para vender pes- y yerbas aromáticas, quien higos secos, quien lente de su puerta; Beppino, orgulloso y ces, y quien, por último, naranjas. El corazón nilla por un marinero de veinte años, á pe- Graziella había pasado á todos los miembros de contar más que doce. Graziella, en fin, es- familia.

IX

Al verme aparecer pálido y débil todavía, aun con la sonrisa en los labios, lanzaron un grito sorpresa. Graziella en el exceso de su alegría caer al suelo las naranjas que llevaba en el delantillo y dando palmadas corrió hacia mí exclamando: «os decía que la imagen de la Virgen os curaría quedaba una sola noche sobre vuestra cama ¿quién engañado?» Quise devolverle la imagen y la de mi pecho donde la había guardado al salir. «¡Sadla antes,» me dijo. La besé y también las palmas de sus dedos que había alargado para cogerla. «¡La volveré á dar si caéis otra vez enfermo,» me poniéndosela al cuello y deslizándola en su seno. «servirá para los dos.»

Nos sentamos sobre el terrado al sol de la mañana. Estaban todos tan contentos como si hubieran recobrado á un hermano ó á un hijo de vuelta de un largo viaje. El tiempo, que es necesario en las clases altas para la formación de las amistades, no lo es en las clases inferiores. Los corazones se abren pronto y con confianza y simpatizan desde luego, porque los sentimientos no se encubre ningún bastardo. Así es que en ocho días se forma más amistad que en un mes de entretenerse con un amigo. Yo me acordaba de un rentesco de alma entre los hombres de la naturaleza, que en diez años entre los hombres de la naturaleza. Aquellas buenas gentes y yo, nos consideramos una misma familia.

Nos informamos recíprocamente de lo que nos había sucedido de bueno ó de malo desde que nos separamos. La pobre casa se hallaba en ventura y prosperidad. La barca estaba bendita. Las redes eran abundantes y las tunadas. Jamás había sido la pesca tan abundante.

no tenía manos bastantes para vender pes- y yerbas aromáticas, quien higos secos, quien lente de su puerta; Beppino, orgulloso y ces, y quien, por último, naranjas. El corazón nilla por un marinero de veinte años, á pe- Graziella había pasado á todos los miembros de contar más que doce. Graziella, en fin, es- familia.

«¡Sadla antes,» me dijo. La besé y también las palmas de sus dedos que había alargado para cogerla. «¡La volveré á dar si caéis otra vez enfermo,» me poniéndosela al cuello y deslizándola en su seno. «servirá para los dos.»

Nos sentamos sobre el terrado al sol de la mañana. Estaban todos tan contentos como si hubieran recobrado á un hermano ó á un hijo de vuelta de un largo viaje. El tiempo, que es necesario en las clases altas para la formación de las amistades, no lo es en las clases inferiores. Los corazones se abren pronto y con confianza y simpatizan desde luego, porque los sentimientos no se encubre ningún bastardo. Así es que en ocho días se forma más amistad que en un mes de entretenerse con un amigo. Yo me acordaba de un rentesco de alma entre los hombres de la naturaleza, que en diez años entre los hombres de la naturaleza. Aquellas buenas gentes y yo, nos consideramos una misma familia.

los dos, y que el maestro llegará á ser el novio. Estas palabras ví que había un pensamiento de orgullo y de ambición por parte de la vieja en favor de su nieta; pero Graziella no lo sospechaba ni remotamente.

X

La joven me condujo de la mano á su habitación para enseñarme las obras de coral que ya habían sido limpiadas y pulidas. Estaban colocadas sobre algunas de las cajitas de cartón al pie de su cama. Para demostrar una muestra de su habilidad, se puso á trabajar delante de mí un pedazo de coral. Yo hacía vueltas al torno con la punta del pie delante de Graziella, mientras presentaba ella la rama roja de coral á la sierra circular que la cortaba rechinando. En seguida redondeaba aquellos pedazos cogidos con los con las yemas de los dedos y gastándolos con la piedra.

Un polvillo encarnado cubría sus manos, y cuando algunas veces hasta su cara, polvoreaba sus mejillas y sus labios de un ligero colorete, que hacía aparecer sus ojos más azules y resplandecientes. Después se enjugaba sonriéndose y sacudiendo sus hermosos negros, llenándome á mi entonces del polvo que se desprendía de ellos. «¿No es verdad, me parece que es un oficio muy bueno para una hija de un pobre como yo? Nosotros se lo debemos todo á mi abuelo desde la barca de mi abuelo y el pan que comemos hasta estos collares y estos pendientes con que me adornaré cuando haya trabajado mucho y comprado ellos para otras más ricas y hermosas que yo.»

Pasamos así la mañana hablando y trabajando. Yo me dio día participé de la comida de la familia. Después el aire libre, la tranquilidad de espíritu y la tranquilidad de la mesa, puesto que la comida se componía de pan, un poco de pescado frito, y frutas con que en la bodega, me habían devuelto el apellido.

Después de comer ayudé al viejo á componer la red que había tendido sobre el *astrico*. Los golpes acompasados con que Graziella daba con la piedra, el ruido del torno de hilar de la lana, y las voces de los niños que jugaban con las muñecas en el umbral de la casa, acompañaban momentáneamente nuestro trabajo. Graziella salía de vez en cuando al balcón para sacudir sus cabellos, y entonces nos dirigíamos una mirada, una palabra y una sonrisa. Yo me sentía feliz hasta el alma sin saber por qué. Hubiera querido tener una de las plantas de áloe, arraigadas en las tinas del jardín, ó una de las lagartijas que se calentaban cerca de nosotros sobre el terrado, y que se movían con aquella pobre familia las grietas de la humilde vivienda.

XI

Una y mi rostro se obscurecían á medida que iba pasando la noche. Poníame triste al considerar que me iba á volverme á mi posada. Graziella fué la primera que lo notó, y fué á hablar al oído á su madre. «¿Por qué dejarnos así? dijo la vieja como si hablado á uno de sus hijos. ¿No estamos nosotros en Prócida? ¿No somos los mismos en Prócida? Parecéis un pájaro que ha perdido á su nido y vaga piando alrededor de todos los nidos. ¿No podríamos habitar el nuestro, si lo encontráis bastante grande para un señorito como vos. La casa no tiene más de tres habitaciones; pero Beppino duerme en una habitación, Graziella tiene bastante con el cuarto de ella, y yo siempre que pueda trabajar de día en el taller, y de noche para dormir. Tomad el suyo y esperad á ver el efecto de vuestra vuelta de vuestro amigo, porque da lástima ver á un joven bueno y triste como vos andar por las calles de Nápoles.»

Después Beppino y hasta los niños, que ya habían sido el extranjero, se regocijaron con la idea de

la buena mujer, é insistieron vivamente y todas las veces que necesitaba. Compré un catre de hierro, una mesa de pino, dos sillas de junco, un brasero de hierro; pero aguardaba con ansiedad visible, en las noches de invierno se quemaban huesos de vaca cubiertos con una distracción fingida, mi respiración para calentarse; mi maleta que mandé á las reiteradas súplicas de la familia. Por un momento á mi posada contenía todo lo demás. No quemé los pies el suelo oyendo todas las razones de desahogo que me daba para no aceptar. Durante ella dormí en un nuevo alojamiento, y no desperté sino á los trinitos de las golondrinas que entraban en mi habitación por un vidrio roto de la ventana, y á la voz de Graziella que cantaba en el aposento contiguo mientras hacía rodar el torno.

Levanté al fin los ojos para mirarla, y vi en sus ojos los suyos más húmedos y brillantes que en otros tiempos, y que oprimía entre sus dedos y una á una las ramas de una planta de albahaca que vegetaba en una maceta de barro que había en el balcón. Comprendí aquel movimiento mejor que en ningún largo discurso. Acepté la comunidad de vida que me ofrecía. Graziella batió las manos y saltó de alegría, corriendo á su habitación como si hubiera querido cogermela la palabra y no darme tiempo para que me arrepintiese.

XII

Llamó Graziella á Beppino, y en un momento su hermano y ella trasladaron al aposento de la casa su cama, sus pobres muebles, su espejo con marco de madera pintada, la lámpara de bronce, tres estampas de la Virgen clavadas en la pared, el alfileres, la mesa y el torno donde trabajaba. Sacaron agua del pozo, regaron con la palmeta el coral adherido á la pared y á los ladrillos; cubrieron sobre el pretil de la ventana las dos macetas verdes y olorosas de bálsamo y de reseda que habían estado sobre el *astrico*. De seguro no hubieran podido ni aderezado con más esmero la estancia si Beppo hubiera tenido que llevar aquella casa á su desposada á la casa de su padre. Yo me quedé haciendo en aquella tarea.

Cuando estuvo todo arreglado, llevé á Beppo al pescador conmigo para comprar y traer los

que necesitaba. Compré un catre de hierro, una mesa de pino, dos sillas de junco, un brasero de hierro; pero aguardaba con ansiedad visible, en las noches de invierno se quemaban huesos de vaca cubiertos con una distracción fingida, mi respiración para calentarse; mi maleta que mandé á las reiteradas súplicas de la familia. Por un momento á mi posada contenía todo lo demás. No quemé los pies el suelo oyendo todas las razones de desahogo que me daba para no aceptar. Durante ella dormí en un nuevo alojamiento, y no desperté sino á los trinitos de las golondrinas que entraban en mi habitación por un vidrio roto de la ventana, y á la voz de Graziella que cantaba en el aposento contiguo mientras hacía rodar el torno.

XIII

La ventana que daba á los jardines de los alrededores y de las lavanderas, encajonados en la fachada del monte Pausilippo y en la plaza de la Mar-

Los pedazos de asperón habían rodado en los jardines muy cerca de la casa. Robustas hileras que brotaban medio aplastadas debajo de las ramas abarcaban con sus brazos tortuosos y blancos cubrían con sus anchas hojas inmóviles. Estaban al lado de la casa por aquellos jardines que sobre el pueblo sino algunos pozos dominados por una ancha rueda que hacía girar un asno para el medio de tajeas de hinojos las coles y los pepinos; mujeres secando ropas que tendían en cuerdecas á los limoneros; muchachos en camisa jugando llorando sobre los terrados de dos ó tres plantas blancas esparcidas por los jardines: hé aquí el espectáculo que se me presentaba, y con ser tan vulgar y tan lívida, me pareció deliciosa aquella vista de los arrabales de una gran ciudad. La elevación de las altísimas fachadas de las cascadas y la estrepitosa multitud de los balcones acababa de dejar. Respiraba el aire puro del polvo, del fuego y del humo de aquella gran ciudad humana que antes había respirado. Oía el canto de los asnos, el canto del gallo, el murmu-

llo de las hojas y el gemido interminante del mar en vez de aquel rodar incesante de carruajes, aquellos gritos agudos del pueblo, y de todos aquellos ruidos estridentes que no dejan en las calles de las grandes poblaciones tregua al oído ni calma al pensamiento.

No me sentía con valor para abandonar mi casa donde saboreaba deliciosamente aquel sol, aquellos ruidos campestres, aquel volar, de los pájaros, el reposo del pensamiento, y luego mirando la claridad de las paredes, el vacío de la estancia, la ausencia de los muebles, me regocijaba al pensar que aquella pobre casa á lo menos me amaba, y que no hay alfombras, colgaduras, ni cortinas de seda que valgan lo que un poco de cariño.

Estos pensamientos me acariciaban dulcemente en mi estado de soñolencia; me sentía renacer á la salud y la paz. Beppino entró muchas veces en el cuarto para preguntarme si quería algo, y al fin me trajo á la cama pan y uvas, que comí arrojaditas algunos granos y mijagas á las golondrinas. Era á las diez de medio día, el sol bañaba toda mi estancia con un dulce calor de otoño cuando me levanté. Costaba con el pescador y su mujer en pagar mensualmente una pequeña suma por el alquiler del cuarto y añadir alguna cosa á los gastos de la casa. Esto me costaba muy poca cosa, pero aquellas honradas gentes que era demasiado, pues lejos de querer ganarme nada, sufrían interiormente porque su pobreza y frugalidad demasiado restringida de su vida no les permitiesen ofrecerme una hospitalidad de que ellos habrían envanecido mucho más si no me hubieran costado nada. Aumentáronse dos panes á los otros que compraban todos los días para la familia, un pedazo de pescado cocido ó frito para comer, leche ó queso secos para la noche, aceite para mi lámpara, y un poco de combustible para los días fríos; este fué todo el gasto de que originó mi hospedaje en aquella casa. Algunos granos de cobre (1) bastaban para mi

(1) Pequeña moneda del pueblo napolitano.

Jamás había comprendido como entonces que independiente es del lujo la felicidad, y me acordaba de que se compra más con un dinero de plata que con una bolsa de oro.

XIV

De este modo viví los últimos meses del otoño y los primeros del invierno. El brillo y la calma de los días en Nápoles hacen que se confundan con los días que han precedido. Nada turbaba la monotonía y tranquilidad de nuestra vida. El anciano y su hijo se aventuraban ya en plena mar á causa de las violentas borrascas, y continuaban pescando á lo largo de la costa; pero su pescado, vendido en la plaza, bastaba para satisfacer ampliamente las necesidades de su vida.

El anciano se perfeccionaba en su arte; crecía y se fortalecía mucho más con la vida suave y sedentaria que llevaba desde que trabajaba el coral. Su sala de estar tenía un aire de limpieza y permitía, al menos, tener á sus hermanos más limpios y vestidos, y enviarlos á la escuela, sino que proporcionaba á su abuela y á sí misma algunos adornos más ricos y elegantes, peculiares de su Isla; pañuelos de seda encarnada que se ponían al cuello, dejando caer á la espalda una cinta en forma de largo triángulo; zapatos que sólo aprisionan los dedos del pie, borlas de lentejuelas de plata; sobrevestas de seda negra y de verde. Esta prenda de ropa, guardada en las costuras, cae abierta sobre las cadenas que se ven por delante la finura del talle y los botones del cuello adornado con collares; en fin, pendientes de arcillos cincelados donde los hilos de oro se mezclan con el polvo de las perlas. Las mujeres griegas llevan estos adornos, y por gran parte de su pobreza, jamás se desprenden de ellos, en los climas donde el sentimiento de la belleza vive que debajo de nuestro cielo, y don-

de la vida no es más que amor, el adorno no es lujo á los ojos de la mujer, sino que es una de sus primeras necesidades.

XV

Siempre que Graziella vestida así los domingos de fiesta salía de su habitación al terrado, llevaba algunas flores de granado ó de adelfa sobre las que adornando sus cabellos; siempre que escuchaba el sonido de las campanas de la capilla vecina resonando delante de mi ventana como un pavo que se resaca y se proyecta sobre la sombra al sol; cuando arrastraba lánguidamente sus pies aprisionados en sus babuchas esmaltadas, levantaba después su cabeza con una fatiga y dulación habitual de cuello para hacer florear el vuelo de seda sobre su cuello y sus hombros; cuando advertía que yo la miraba y se ruborizaba un poco como si se avergonzara de ser tan bella, cuando me creía de su hermosura me sorprendía de tal modo que creía verla por primera vez, y mi familiaridad con ella se cambiaba en una especie de respeto y de admiración y de desvanecimiento.

Pero ella se cuidaba tan poco de deslumbrar por su orgullo y de toda coquetería, que en sus días de fiesta iban las santas ceremonias se apresuraba á despojarse de sus ricos adornos y á ponerse el vestido sencillo con las chinelas de tacón de madera blanca que resonaban todo el día sobre el terrado, como las chuchas de las mujeres esclavas de Oriente.

Cuando sus amigas no venían á buscarla, cuando ella no venía á acompañarla á la iglesia, cuando ella esperaba ralmente el que la conducía y la esperaba en las gradas del peristilo. A su salida ostentaba una especie de orgullo personal como si hubiese sido una hermana ó mi novia, los murmullos de los jóvenes que su graciosa figura excitaba entre sus amigos y entre los jóvenes marineros de los

de Graziella. Pero ella no escuchaba nada, no veía nada más que á mí entre la multitud, se sonreía y me distinguía desde lo alto del primer escaño, se persignaba con sus dedos mojados en agua bendita, y bajaba modestamente con los ojos bajos á mirar á su pie que estaba yo esperándola.

Los días festivos por la mañana me acompañaba á las iglesias, única y piadosa diversión que me conocía y amaba. En estos días procuraba que mi traje se asemejara todo lo posible al de los marineros de la Isla, á fin de que mi presencia llamase la atención de nadie, y pudieran tomar por un hermano ó pariente de la joven á quien yo acompañaba.

Los demás días no salía Graziella, y yo había adoptado poco á poco mi vida de estudio y de hábitos solitarios, distraído solamente por la amistad de Graziella y por mi adopción en su casa. Leía los historiadores y los poetas de todas las lenguas; me ensayaba en escribir unas veces en italiano y otras en francés, tan pronto en prosa como en verso, esas primeras impresiones del alma, que pesaban sobre el corazón hasta que la palabra se escapaba de ellas expresándolas.

Indudable que la palabra es la única predestinada al hombre, y que ha sido creada para producir el fruto. El hombre se atormenta hasta que encuentra lo que le trabaja interiormente. Su palabra es como un espejo de que tiene necesidad para verse á sí mismo y para asegurarse de que existe. Como las obras no se ha visto en sus obras no se siente como un cuerpo vivo. El espíritu tiene su pubertad en su cuerpo.

Cuando yo estaba en una edad en que el alma necesita verse y multiplicarse por medio de la palabra; cuando me sucede y acontece siempre, el instinto se producía como un viento que la fuerza. Luego que había escrito me sentí descontento de mi obra y la rechazaba con fuerza. ¡Cuántas veces el viento y las olas del mar se llevaron y sepultaron por la mañana mis ideas y de mis pensamientos de

la noche, que rasgaba yo mismo sin pesar y lo rasgaba lejos de mí á merced de las olas y los vientos.

XVI

Algunas veces Graziella, viéndome encerrado en mi aposento más tiempo que de costumbre, entraba tímidamente en mi aposento para arrancarme de las lecturas ó de mis ocupaciones. Acercábase sin ruido por detrás de mi silla, se empujaba con la punta de los pies por encima de mis brazos; sin comprenderlo, lo que leía ó escribía, con un movimiento repentino me quitaba el papel y me arrancaba la pluma de los dedos y echábase á correr. Perseguíala yo por el terrado, me enfadaba un poco, y ella se reía, perdonábala yo de buen grado, pero me reprendía seriamente como hubiera querido hacerlo una madre.

«¿Qué dice hoy ese libro á vuestros ojos durante tanto tiempo? murmuraba con cierta impaciencia mezclada de enojo. ¿No acabarán jamás de leerse esas líneas negras de ese papel tan viejo? ¿No bastantes historias para contárnoslas los domingos y todas las noches del año, como la que tanto me hizo llorar en Prócida? ¿A quién escribis por las tardes esas cartas largas que arrojáis por las mañanas al viento del mar? ¿No conocéis que os perjudicáis cuando os ponéis muy pálido y distraído cuando leéis ó escribis ó leéis mucho tiempo? ¿No es mejor hablar con mi amigo que os miro, que hablar días enteros con las palabras ó con esas sombras que os escuchan? Dios mío! que no tuviera yo tanto talento como para hacer hojas de papel para hablaros todo el día y escribir todo lo que me preguntaseis sin necesidad de levantaros la vista y consumir todo el aceite de la lámpara.» Ocultábase entonces mi libro y me miraba; me traía mi capote y mi gorro de mar y me obligaba á salir para distraerme.

Yo murmuraba, pero obedecía.

CAPITULO IV

I

Yo me iba á dar largos paseos por el campo, por los muelles y por el campo, pero estos paseos solitarios no eran tristes como en los primeros días de mi vuelta á Nápoles. Gozaba deliciosamente de los espectáculos de la costa, del cielo y de las montañas. Ya no me abrumaba el momentáneo pesar de la enfermedad; me recogía en mí mismo, y reconstruía las fuerzas de mi corazón y de mi cabeza. Sus pensamientos amigos me seguían por las montañas y por aquellos desiertos, y que á la vez me esperaban corazones que me querían.

Yo me acordaba ya el pájaro que pía alrededor de nidos extraños según la expresión de la vieja; sino el pájaro que ensaya en volar á largas distancias de la rama á la rama, sustenta, pero que sabe el camino para volver á casa. Todo el cariño que tenía á mi amigo ausente me fluía sobre Graziella. Este mismo sentimiento tenía algo de más vivo y tierno que el que yo tenía á él, parecíame deber el uno al hábito y las circunstancias, al paso que el otro había nacido conmigo y lo había conquistado por mi propia voluntad.

Yo no sentía aquel amor, yo no sentía agitación, ni preocupación apasionada, sino una calma que me venía en vez de una fiebre dulce del alma y de los sentidos. No pensaba en amar ni ser amado de otra persona. No sabía si ella era un compañero, un amigo, una hermana ú otra cosa para mí; sabía solamente que era feliz con ella, y que ella lo era conmigo.

Yo necesitaba absolutamente nada más. No me enojaba en esa edad en que analiza uno á sí mismo para darse una vana definición de su felicidad. Bastábame estar tranquilo y ser dichoso sin